

Autor: D. Juan Francisco López Paz

Secretario de Facultad FICE. Universidad de Deusto

LA INTERGENERACIONALIDAD COMO FACTOR DETERMINANTE PARA LA REDUCCIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN POR EDAD CON EL COLECTIVO DE MAYORES

La evolución social experimentada implica el paso de la familia extensa tradicional, jerarquizada en su estructura y funciones y en la que el mayor se hallaba a efectos de control, dirección, coordinación y decisión en la cúspide de la pirámide familiar de la que formaban parte núcleos familiares de diferentes generaciones, a la familia nuclear.

En los países en vías de desarrollo con sistemas económicos basados en la agricultura o el artesanado, en las sociedades tradicionales se sigue manteniendo un gran aprecio por los miembros más mayores de la comunidad (1). La relación familiar es el vínculo de integración más importante y mientras que la familia es una unidad de producción con las propiedades conjuntamente poseídas y compartidas, el verdadero poder económico frecuentemente reside en el mayor, líder de la familia.

En la sociedad moderna, urbana e industrializada, con familias como unidades de consumo, de tipo nuclear, conyugal, reducida y neolocal aquella perspectiva ha experimentado un cambio rotundo y en la relación y el lugar que al mayor le corresponden en la familia se están produciendo transformaciones importantes y evidentes.

En nuestra sociedad se tiende a considerar a los mayores como carga social por pasar a pertenecer a los llamados o grupos pasivos. Quizá no se caiga en la cuenta de que el grado de progreso y desarrollo se debe, en gran medida, al esfuerzo, los saberes y el trabajo de quienes han alcanzado la edad de la ancianidad, y a los que corresponde, en justicia, ser derechohabientes de los beneficios y consideraciones sociales debidos a su innegable y prolongada aportación al bienestar de generaciones posteriores ((2) y (3)).

En la familia, si bien se mantienen los vínculos afectivos y de relación tradicional entre sus miembros de más edad con sus descendientes hay no sólo indicios, sino evidencias del cambio en los papeles más tradicionales de los mayores en la vida familiar.

Así pues, en la medida en que la familia se ha extendido en el tiempo, con más altas tasas de supervivencia, y que se ha producido un distanciamiento en las actividades y localidades rurales a favor de las condiciones de trabajo y de residencia de índole urbana, el sistema de hogar tradicional conjunto o de familia extensa ha empezado a ceder el paso al hogar de familia moderna nuclear que comprende a los padres y sus hijos menores no emancipados, desde hace ya tiempo ((4) y (5)).

1. Nueva configuración familiar versus discriminación por edad

En esta nueva configuración familiar los mayores han cedido en su puesto directivo, en una relación más igualitaria y menos rígidamente jerarquizada, aunque ello no implique menosprecio ni pérdida de consideración, pero sí una diferente conceptualización en cuanto a sus cometidos y, en su caso, prerrogativas. Se ha originado entre ellos y sus hijos y nietos una corriente de aproximación con tendencia al establecimiento de planos igualitarios y a ellos acuden con frecuencia los hijos en demanda de ayuda que se traduce, principalmente, en apoyos para el cuidado ocasional de los nietos mientras padres y madres trabajan fuera del hogar y en otros relacionados con determinadas tareas domésticas ((6) y (7)).

Uno de los factores más importantes que afectan a la posición de los abuelos en las modernas sociedades es el cambio de patrones de la autoridad familiar. Hoy se da prioridad al respeto, en las relaciones intergeneracionales, sobre la autoridad; y a la confianza sobre el respeto (8). Este es un principio aceptado y proclamado tanto por los padres como por los hijos.

En el proceso de envejecimiento y en el nuevo ciclo postparental y de relación entre los esposos destacan con entidad propia, específica y definidora tres hitos fundamentales: término de la crianza de los hijos, retiro o jubilación, y disolución del lazo familiar por el óbito de uno de los conyuges ((9) y (10)).

En la primera de estas fases del envejecimiento la carga mayor en la adaptación ocupacional recae sobre las mujeres que hubieran fijado como único fin y cometido de sus vidas la dedicación a los hijos y al hogar, las cuales pierden su papel fundamental mientras que los conyuges se hallan en la cima de sus carreras o en el punto más integrado de su actividad profesional. De ahí la conveniencia y capital importancia para mantener el equilibrio psicosomático de la mujer en esta situación, de la concurrencia de otras actividades y/o nuevas ocupaciones ((11) y (12)). En la segunda fase o hito, en la generación actual de personas mayores, la incidencia es más profunda e intensa en el marido que pierde su principal papel en el sistema ocupacional y ha de redefinir y replantearse su relación con su cónyuge y con el resto de la familia, dando lugar a un acercamiento entre los esposos cuando se produce la marcha de los hijos, el nido vacío, con un planteamiento más igualitario entre ambos reviviendo una segunda luna de miel o, en el caso opuesto, produciéndose una profunda crisis ante la falta de los hijos como elemento aglutinador ((13) y (14)). Si a lo largo de muchos años los problemas de los hijos y la preocupación por ellos era lo único que exclusivamente mantenían unidos, o al menos cerca, a los esposos que necesitaban de tales tensiones para mantener la cohesión del grupo, la ausencia de aquellos vendrá a constituirse en el elemento disgregador, en causa precipitante de distanciamiento.

2. Expectativas del mayor en el ámbito familiar

El mayor espera de la familia aquello que necesita en cuanto a aspectos básicos que definen su equilibrio emocional. Necesita tener un sentido de la integridad, saber y percibir que está integrado en la familia, que no es un apéndice de la misma. Asimismo, necesita ser amado, ser valorado en lo que es y en lo que fue, porque a ello se debe lo que son y serán los que le siguen. La constancia del afecto es vital para las personas mayores (15). La realización, implementación de estos puntos exige un equilibrio que estriba en dar y recibir, hecho que básicamente acontece en la familia.

El mayor espera de la familia comprensión para su carácter y su personalidad. Al llegar a la ancianidad se conserva el carácter de toda la vida. Lo que ocurre es que, por una parte, varían las formas y las posibilidades de expresarlo y, por otra, que por parte de los familiares, en función de la edad y de la nueva situación familiar, se perciben de manera diferente. Espera también comprensión y respeto para unas ideas y creencias, para unas estructuras mentales que, aunque trate de adaptarlas a la evolución y al ritmo cambiante de la sociedad actual, le han acompañado y le han servido a lo largo de muchos años y a las que, lógicamente, le es ahora difícil enunciar. Igualmente, espera que se valoren en él la capacidad de reflexión la claridad del juicio, la utilidad de la experiencia, la discreción en el decir y en el hacer, el saber de la vida y de las cosas, la veteranía y la madurez en el trato con los menores, que en tantos mayores se dan y que hacen verdaderamente gratas las relaciones interfamiliares (16).

La mayoría de estas personas mayores se enfrenta a las importantes modificaciones que incluyen pérdida de la función social laboral y la jubilación, con reducción sensible de ingresos, a veces hasta topes inferiores a los de subsistencia, originando una forzosa dependencia de otras personas e instituciones.

En este punto, los mayores que atraviesan por una situación económica de esta naturaleza, con pensiones exiguas y sin bienes que les permitan llevar una vida mínimamente digna, tienen derecho a esperar la ayuda y solidaridad amorosa de sus hijos que gocen de una posición económica desahogada, y aun de aquellos que no la tengan tanto y hayan de hacer algún esfuerzo o sacrificio, en justa compensación para quienes, en su caso, lo hicieron a fin de facilitarles cuanto, en su infancia y juventud precisaron.

Buscar y conseguir una relación intergeneracional profunda. Conseguir formar y mantener en los hijos la relación abuelos-nietos en razón de atracciones y afinidades afectivas de las generaciones extremas de la vida ((17) y (18)). Es, en suma, el diálogo intergeneracional en el que los mayores transmiten a los jóvenes la historia de su vida.

Es indispensable el mantenimiento de la comunicación entre los distintos miembros de la familia, independientemente de su edad, esforzándose cada uno por conocer y comprender las características y, en su caso, limitaciones propias de los demás, en virtud de su edad, su formación, su procedencia y su situación concreta (19).

Ha de valorarse en esta nueva etapa de la vida el cultivo de las amistades y la conservación de las ya existentes, volviendo, si es posible, a las de la infancia y la juventud que, normalmente, son las más auténticas por no haber estado mediatizadas por intereses.

Y, en definitiva, ha de conservarse y recuperar el espíritu familiar de convivencia, comunicación y apoyo entre los miembros de las diferentes generaciones, basado en el vínculo natural que ha de ser la base y la razón de la existencia de la institución familiar.

Es bueno socialmente que las familias sigan teniendo un papel básico en la atención a sus mayores. Es un factor de cohesión social, de solidaridad intergeneracional, de compartir valores y vivencias (20). Pero, siendo esto cierto, tampoco podemos someter esa solidaridad a una presión angustiosa, a quebrantos

económicos, a un desentendimiento de las responsabilidades públicas, y todo ello sobre los hombros de las mujeres cuidadoras que a menudo supeditan todo a ese cuidado.

Cuatro son las más importantes vías de apoyo: el desarrollo de servicios y programas de respiro (ayuda a domicilio, estancias diurnas, estancias temporales, ...); medidas de apoyo fiscal para reducir el sobrecoste económico que para muchas familias tiene la atención a un mayor dependiente; medidas de garantía de derechos laborales de los cuidadores para que la atención no suponga un perjuicio en el empleo o en la futura pensión, y, por último, el asesoramiento e información técnica ((21) y (22)).

3. La relación intergeneracional eje referencial para reducir la discriminación por edad

Las generaciones tal y como las ha pensado, representado y vivido la tradición moderna han desaparecido. Es difícil encontrar personas, desde luego no los jóvenes, que queriendo encontrar en el sentimiento intergeneracional un punto de referencia simbólico y existencial no muestren malestar y desasosiego al no encontrarlo.

La idea moderna de generación entendida como aquel colectivo de individuos que hace la historia, ha quedado obsoleta. Aquella concepción, que entendía la generación como “grupo de edad”, como una entidad constituida por un conjunto de individuos que han vivido en el mismo momento una experiencia histórica determinante e irrepetible, obteniendo de ella la propia orientación moral y el sentido de compartir un destino común, ya no es capaz de explicar la dinámica social y la complejidad de las relaciones entre las personas, colectivos y culturas (23).

El patrón tiempo, y mucho menos la variable biológica, no es suficiente para caracterizar lo que es y hace una generación: en primer lugar, las generaciones implican o son relaciones sociales que se establecen entre grupos, personas, culturas. En segundo lugar, las relaciones sociales sólo pueden ser comprendidas a través del tiempo que duran: las relaciones tienen su propio tiempo y sus propios registros. En tercer lugar, las generaciones son cada vez más definidas desde y en la esfera pública, se definen por su conducta, sus acciones, sus ideas, sentimientos y percepciones, tanto dentro como fuera de la familia con sus normas, valores, actitudes. En cuarto lugar, si la apelación a lo biológico para identificar un criterio que caracterice lo generacional es ya insuficiente, es preciso hacerlo conjugar con la edad social, ello en referencia tanto a la posición en la familia como a la que se ocupa en la sociedad; las generaciones son una combinación relacional, una matriz de eventos, expectativas, fuerzas, causas internas y externas al sistema familiar, de hechos, ... relacionados entre sí. Y, finalmente, a la falta de contacto intergeneracional como la causa fundamental que puede explicar la imagen negativa que la sociedad tiene de las personas mayores, de la vejez, es oportuno destacar la importancia pedagógica del concepto de educación intergeneracional como aquel proceso que contribuye a superar esta imagen y procura fomentar el respeto a la diversidad y a la diferencia, a la pluralidad de valores, costumbres e identidades individuales o colectivas, a competencias, ritmos y niveles, a desarrollos y actitudes ..., en busca del conocimiento mutuo entre los distintos grupos generacionales (24).

Los resultados de diferentes investigaciones sugieren hasta cinco tipologías o dimensiones en esta relación intergeneracional: dimensión afectiva, asociativa, funcional, normativa y de consenso.

Se comprueba que, bajo la tipología de la dimensión afectiva, existen altos niveles de afecto entre padres mayores e hijos, aunque puedan descender ligeramente con el tiempo en función de la salud de los mayores; parece ser que las interacciones familiares durante la vejez se caracterizan por la proximidad, el afecto y la satisfacción en la interacción.

Por otro lado, se está desarrollando un tipo de familia extendida basada en la comunicación y en las relaciones más que en el hecho de vivir bajo el mismo techo; son frecuentes las interacciones entre los miembros de la familia y los familiares mayores, aunque no vivan bajo el mismo techo. Se trata de la dimensión asociativa.

En cuanto a la dimensión funcional, se entiende que la dirección de apoyo no va exclusivamente de los hijos a los padres en las actividades de la vida diaria y en el apoyo de su salud. En muchos casos, los padres son las principales fuentes de ayuda, sobre todo, en el capítulo de apoyo económico y emocional.

Aunque las personas mayores no esperan recibir ayuda, se han encontrado niveles altos de responsabilidad filial en las familias contemporáneas. Las expectativas sobre el contacto, el afecto, el acuerdo y la ayuda entre generaciones varían de unos grupos familiares a otros.

Y, por último, los valores, creencias sobre temas externos a la familia no convergen con la edad de las personas. Es decisivo y concluyente que con la edad, los hijos influyen cada vez más sobre las actitudes de los padres, de los mayores ((25) y (26)).

La generación es, en definitiva, una construcción. Las generaciones van identificándose a medida que, como relaciones sociales que son, permiten ser comprendidas a través del tiempo.

Referencias bibliográficas

- (22) Bass, S. y Caro, F. (1996). Theoretical perspectives on productive aging. En W. Crown (ed.). Handbook on employment and the elderly. Connecticut: Greenwood Press, pp. 262-275.
- (6) Bazo Royo, M. (1991). La familia como elemento fundamental en la salud y en el bienestar de las personas ancianas. Revista Española de Geriatria y Gerontología, 1, pp. 47-52.
- (19) Bedmar, M. y Montero, I. (2003). La educación intergeneracional: un nuevo ámbito educativo. Madrid: Dykinson.
- (9) Belsky, J. (1996). Psicología del envejecimiento. Teoría, investigaciones e intervenciones. Barcelona: Masson.
- (1) Carlton, S. y Soulsby, J. (1999). Learning to grow older and bolder. Leicester: NIACE.

- (4) Castel, R. (1997). *La metamorfosis de los social*. Buenos Aires: Piados.
- (11) Donati, P. (1998). *Familia y generaciones*. Italia.
- (8) European Union (1995). *Teaching and learning: towards the learning society*. Brussels.
- (7) Fernández Castillo, A. (2000). *Apoyo social y calidad de vida en personas mayores*. Universidad de Granada.
- (26) García Rodríguez, B. y Ellgring, H. (2004). *Los motivos y las emociones en la vejez*. Madrid: UNED.
- (20) García, J. y Sánchez, A. (1998). *Un modelo de educación en los mayores. La interactividad*. Madrid: Dykinson.
- (13) Gonzalo Sanz, L. (2002). *Tercera edad y calidad de vida: aprender a envejecer*. Barcelona: Ariel.
- (17) Hernández Rodríguez, G. (1993). *La ancianidad en la nueva realidad sociofamiliar*. En *Políticas de Familia. Perspectivas Jurídicas y de Servicios Sociales en Diferentes Países*, pp. 475-493. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- (25) Jerrome, D. (1991). *Social bonds in later life*. *Review in Clinical Gerontology*, 1, pp. 297-306.
- (23) Katz, S. (1996). *Disciplining old age: the formation of gerontological Knowledge*. London: University Press of Virginia.
- (21) Mangen, D., Bengston, V. y Landry, P. (1988). *Measurement of intergenerational relations*. Beverly Hills: Sage.
- (10) Manheimer, R. (1997). *Generations learning together*. En K. Brabazon y R. Disch (ed.). *Intergenerational approaches in aging*. New York: Haworth, pp. 79-92.
- (18) Noval, P., González Alonso, G., Hurlé, P. Et al. (2005). *Los mayores: salud y calidad de vida en la vejez*. Madrid: OCU.
- (16) Pérez Ortiz, L. (1998). *Las necesidades de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.
- (5) Rodríguez, J. (1994). *Envejecimiento y familia*. Madrid: CIS.
- (15) Rodríguez, P. (1995). *Vejez y familia: apuntes sobre una contribución desconocida*. *Rev. Infancia y Juventud*, 29, pp. 64-78.
- (24) Sáez, J. (2001). *La educación intergeneracional*. Murcia.
- (2) Vega, J. (1992). *Las relaciones entre generaciones*. En F. Vicente Castro (ed.). *Psicología de la educación y del desarrollo*. Badajoz: Infad.

- (12) Schaie, W. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. Madrid: Pearson.
- (14) Villanueva, M. (2003). *La familia: modelo de intervención en tercera edad*. Universidad de Valencia.
- (3) Voli, F. (2005). *Convivir con nuestros padres mayores*. Madrid: Ediciones San Pablo.